



Arafat, en Ramallah

Las botas del *Tsahal*

por Higinio Polo

fotografías de Roser Girós

En la Palestina ocupada, Higinio Polo comprobó que los colonos y el ejército israelíes siguen cometiendo barbaridades cotidianamente. Pero halló algo novedoso: empiezan a haber voces entre los palestinos que, considerando que la creación de un Estado palestino es ya algo técnicamente inviable, apuestan por la integración plena en un nuevo Estado de Israel. Algo que a Israel le pone los pelos de punta.

Para Hesham, Nahla, Ibtisam, Omayya,
Hanan, Khitam e Iman Abu-Sharar

I

Los militares israelíes ordenaron a nuestro coche que se detuviese, en el *checkpoint* de Belén, en una de las entradas del muro construido por Israel. Pidieron los pasaportes e hicieron algunas preguntas: nacionalidad, destino, motivo del viaje, etc. Los soldados iban armados hasta los dientes, con metralletas, y mantenían el dedo en el gatillo. Mientras esperaba el fin de la inspección, observé a los soldados, de ambos sexos: eran muy jóvenes, debían tener unos diecinueve o veinte años, a lo sumo. Me fijé en una de las chicas, que vigilaba la escena desde una distancia de unos veinte metros, y reparé en sus botas, unas duras botas militares que le daban un aspecto fiero, aunque la muchacha tenía un rostro agradable. Aquellas botas de la chica me vendrían a la memoria durante todos los días posteriores, porque en ellas se resumen sesenta años de represión, de muerte, de expolio de las tierras palestinas; ilustran cuarenta años de feroz ocupación militar en Cisjordania y Gaza, tras la sangrienta *limpieza étnica* que organizaron los colonos judíos en 1948 en el resto de Palestina, dirigidos siempre por las botas del *Tsahal*.

El *Tsahal*, (*Tzavá Haganá LeIsrael* o Fuerzas de Defensa de Israel), es el nombre conjunto del ejército, la aviación, la mari-

na y el cuerpo de fronteras israelíes. Ese *Tsahal* sionista es heredero directo de las unidades militares y grupos terroristas de la *Haganá* judía que actuaron en Palestina en los años previos y posteriores a la Segunda Guerra Mundial y que protagonizaron asesinatos en masa y forzaron la evacuación y la huida de centenares de miles de palestinos, que, poco después, se hacinaron en campos de refugiados. Sesenta años después, los campos siguen existiendo, para vergüenza del género humano: son los mayores y más hacinados del planeta.

Además del conocido *Mossad* (el servicio de espionaje israelí, que realiza asesinatos y atentados terroristas en cualquier país del mundo a través de la *Metzada*, la división de operaciones especiales), en los territorios palestinos ocupados de Gaza y Cisjordania actúa el *Shabak* (una agencia de contraespionaje, llamada antes *Shin Bet*), que infiltra las organizaciones palestinas, chantajea, corrompe, y detiene y asesina a sus dirigentes y activistas.

Esos son los militares israelíes, que componen lo que Robert Fisk llama, con toda precisión, “un ejército de canallas”, en cuyas filas se encuentran numerosos criminales de guerra. No es un exceso que me permito: el *informe Goldstone*, aprobado por la ONU, dejó claramente establecido que el *Tsahal* (y, por extensión, el gobierno israelí) había cometido crímenes de guerra durante el ataque a Gaza de 2009. Es cierto que también acusó a Hamás, pero la desproporción fue evidente: Israel protagonizó una matanza indiscriminada de más de mil cuatro-

cientos palestinos (la gran mayoría, civiles, y, entre ellos, más de trescientos niños); Hamás mató a trece israelíes. No era sencillo asumirlo, pero la chica de rostro agradable que calzaba aquellas botas en el *checkpoint* de Belén es uno de esos militares a quienes no les tiembla la mano para apretar el gatillo.

2

La noche en Jerusalén es solitaria, aunque tranquila. A las cuatro de la madrugada apenas circulan policías, pero la vigilancia es permanente. En el centro, no lejos de las murallas de la ciudad vieja, grupos de noctámbulos se congregan en los bares abiertos; algunos van borrachos; otros están tumbados en el suelo, vencidos por el alcohol. Las chicas ríen, envueltas en la noche caliente de ginebra, pero Jerusalén es la capital de los judíos ultraortodoxos, la ciudad sagrada del judaísmo, frente a la decadente y más laica Tel-Aviv. En una calle descubre una pintada: “zona antifa”, escrita en castellano, pero es una ilusión, porque el movimiento pacifista, la izquierda, los partidos que denuncian la actuación terrorista del Estado de Israel, los sectores que apuestan por resolver el drama del pueblo palestino, son cada vez más minoritarios en el país. Después de la segunda Intifada, los lazos entre las organizaciones palestinas y la izquierda israelí se han roto, con la excepción del Partido Comunista Israelí. El principal sindicato de Israel, el *Histadrut*, apenas mantiene contactos con la Federación General de Sindicatos Palestinos, y los pocos acuerdos que subsisten entre ellos se incumplen por parte israelí.

La noche espesa termina. Enseguida empezarán a circular los judíos rigoristas que se dirigen hacia el *muro de las lamentaciones*, los *hasidim* con sus trajes negros, sombrero y tirabuzones, algunos ataviados incluso con abrigo pese al intenso calor del verano; aparecerán las mujeres sionistas con largas faldas hasta los pies, y el cabello cubierto con pañuelos, las niñas judías que parecen surgidas de una época remota.

Al lado del viejo hospicio austriaco, en la ciudad vieja, montan guardia los soldados israelíes, y, junto a ellos, en las primeras horas de la mañana, un vendedor de refrescos, vestido como en la época otomana, mira el río de fieles que baja hacia la explanada de las mezquitas. En la taberna Basti, donde presumen de hacer las mejores pizzas de Jerusalén, cuelgan imágenes de la Palestina histórica, con la puerta de Damasco llena de tierra, la gente sentada en la calle; escenas de hombres con el fez turco ante un monje cris-

tiano; se ve un enorme gentío ante la iglesia del Santo Sepulcro, con los hombres encaramados en los sitios más inverosímiles, incluso en las cornisas de la fachada, a veinte metros del suelo, todos tocados con turbantes. En los alrededores de la taberna, bulle el comercio. Algunos tenderos, cuando preguntan por el país de origen del curioso, tras escucharlo, informan de que ellos son de Jerusalén, Palestina, reafirmando su condición, pese a todos los soldados que les rodean.

Los vendedores de pan y rosquillas de sésamo caminan por la Vía Dolorosa, y las banderas israelíes marcan territorio, aunque estemos en el barrio musulmán de la ciudad vieja. Ante el *muro de los lamentos*, se suceden lágrimas de siglos, que judíos piadosos dejan correr por sus rostros, y depositan entre los sillares papelitos con oraciones. Dentro, en la fresca biblioteca que corre junto al muro, bajo la mezquita de la Roca, judíos devotos rezan ataviados con sus filacterias, chales, sombreros negros, y se aferran a los libros sagrados, ajenos al mundo.

Jerusalén es un banco de pruebas. Todos los gobiernos sionistas han pretendido anexionarse la parte oriental de la ciudad, poblada por palestinos. Hace unos meses, el gobierno de Netanyahu, que había recibido la petición norteamericana para detener la creación de nuevas colonias, tuvo incluso la desfachatez de desairar públicamente al vicepresidente norteamericano, Joe Biden, durante su visita a la ciudad, anunciando la construcción de mil seiscientas nuevas viviendas para colonos judíos en barrios de Jerusalén Este. Esas colonias son ilegales, tanto para las leyes israelíes como para la ONU y el derecho internacional, pero el expolio y el robo de propiedades palestinas no se detiene: durante el mes de agosto, colonos israelíes, con la protección del ejército, ocuparon una casa palestina, aprovechando que sus habitantes asistían a una boda. Otros vecinos árabes de Jerusalén Este, en el barrio de Silwan, temen el momento en que serán desalojados de sus

casas, para derribarlas, y, según se ha anunciado, construir allí un parque para judíos. La delirante y feroz política del gobierno israelí, que protege y estimula el robo de las propiedades palestinas, no ha podido impedir que muchos palestinos vuelvan cada día a sus antiguas casas, ocupadas por colonos, para protestar y denunciar al mundo su indefensión. Ha

llevado también a que familias palestinas, forzadas a cumplir sentencias absurdas dictadas por el Tribunal Supremo israelí, tengan que compartir sus casas con colonos judíos, como ocurre en el barrio de Sheikh Jarrah. Los palestinos de Jeru-

En agosto, colonos israelíes, con la protección del ejército, ocuparon una casa palestina aprovechando que sus habitantes asistían a una boda.



La cúpula de la Roca

salén resisten, pero están ya rodeados por colonias judías que se han ido extendiendo en los últimos años.

En Jerusalén, las autoridades israelíes están levantando un *Museo de la Tolerancia...* sobre los restos de un cementerio musulmán, que ya han empezado a arrasar las excavadoras. Las lápidas palestinas, rotas, son trituradas en una sistemática destrucción de la memoria palestina que empezó en 1948 y todavía no se ha detenido.

El sol de las dos de la tarde cae a plomo sobre la explanada de las mezquitas. Todo está tranquilo. Parece una tierra en paz. Los reflejos turquesa de los azulejos, el dorado de la cúpula de la Roca crean un instante de quietud y de armonía, pero, a lo lejos, se oye el sonido de las sirenas de la policía, y veo que los soldados israelíes miran inquietos hacia los callejones del zoco y hacia la Mezquita de la Roca. En el barrio de Silwan

arden vehículos y contenedores, y los palestinos se enfrentan con la policía.

3

En Dura, una población cercana a Hebrón, llego hasta un sepulcro. Está en un modesto edificio, y permanece cubierto con lienzos verdes. La tradición oral, transmitida por los siglos, dice que la tumba es de Noé. El muecín, de origen indio y cuyo bisabuelo llegó de Afganistán hace doscientos años, me dice que el paso de Noé por Dura está documentado, pero que, pese a todo, no es tan claro que aquella sea su tumba. Cuenta que, según dicen, el túmulo fue descubierto en la época otomana, y que se construyó entonces el actual edificio que lo alberga. El guardián, que ejerce de almuédano, pide disculpas porque llega la hora: toma el micrófono y llama a la oración. Se tapa un oído con una mano, para entonar mejor, y su voz llena el recinto y se expande por el aire. En el patio, se encuentra la mezquita: apenas unas alfombras.

Unas calles más allá, descubro un pequeño monolito, sencillo, con una bandera palestina, que recuerda a los once mil prisioneros que Israel mantiene en sus cárceles. Uno de ellos es Marwan Barghouti, dirigente de la *Brigada de los Mártires de al-Aqsa*, de Al-Fatah, a quien muchos consideran la esperanza de Palestina, condenado de por vida (¡cinco cadenas perpetuas!) por los tribunales israelíes. La represión y las provocaciones israelíes son constantes. A finales de agosto, Mahmoud al-Habash, ministro palestino para Asuntos religiosos,

protestaba por la demolición de dos mezquitas en Burin, cerca de Nablús, y en Al-Jalazoon, junto a Ramallah, en Cisjordania, en una nueva muestra de la ferocidad de la ocupación israelí. También continúan los bombardeos esporádicos sobre la franja de Gaza, como el lanzado en agosto, supuestamente contra “un taller de armamento y dos túneles para contrabando de armas”.

Merodeo por el mercado de Dura, observo las tiendas, las botellas de refrescos artesanos, el sabroso aceite de oliva de la zona, cuya producción es excedentaria pero que no puede ni siquiera enviarse a Gaza, ni a Jordania, ni a ninguna parte, porque el control del tránsito de mercaderías está en manos de los militares israelíes. La asfixia económica impuesta a los palestinos es terrible, y limita los movimientos de personas y productos. Un habitante de Dura, o del cercano Hebrón, no



Barghouti, en el muro

puede viajar a Jerusalén, que dista menos de cuarenta kilómetros: hay palestinos que nunca han salido de Cisjordania, para quienes volver a pisar la explanada de las mezquitas de Jerusalén es un sueño perdido.

La vida es difícil, y falta el trabajo para los palestinos, aunque si la situación en Cisjordania es dura, en Gaza alcanza extremos inhumanos. La Federación General de Sindicatos Palestinos (PGFTU) impulsa el boicot a los productos israelíes y llama a no trabajar en las colonias judías, pero la situación económica de la población es tan difícil que muchas familias no pueden renunciar a precarios trabajos en las colonias: más de treinta mil palestinos trabajan en ellas, aunque sean conscientes de la contradicción desgarradora que supone. Antes de la última Intifada y de la creación del muro, más de ciento cincuenta mil palestinos trabajaban en Israel, pero la nueva situación les ha privado de sus empleos, aunque se calcula que, en los territorios de 1948, siguen trabajando unos cincuenta mil obreros, la mayoría de forma ilegal.

4

Han pasado sesenta años desde el desastre de 1948, y muchos refugiados siguen pensando en volver a sus pueblos de

origen, aunque los campos de refugiados (en Líbano, en Siria, en Jordania, en la propia Gaza y en Cisjordania) han cambiado las precarias tiendas de lona por modestos edificios de ladrillo y hormigón, aunque muchos de ellos sigan teniendo sus callejuelas sin asfaltar, con la tierra batida de los pobres.

Entré en el campo de refugiados de Fawar, junto a Dura, muy cerca de Hebrón. Se creó en 1948, con pobres tiendas que acogían a los palestinos expulsados de sus localidades de origen. Hoy es una pequeña población, con callejones estrechos, donde han construido modestas casas de dos o tres plantas (¡han pasado sesenta años!) que sustituyen a las viejas tiendas y precarios re-

fugios, y que le dan un aspecto de pueblo de aluvión, pobre y escaso. Hay tiendas en la calle principal, y los niños juegan y ríen, aparentemente ajenos al drama de los millones de refugiados palestinos como ellos mismos, pero todos los habitantes de Fawar, descendientes de los refugiados de la *Nabka*,

quieren volver a sus lugares de origen, aunque sus padres y abuelos hayan muerto desde entonces. Los refugiados palestinos no pueden volver, y se calcula que, con sus descendientes, son unos cinco millones, repartidos por el mundo, sobre todo en Oriente Medio. Sin embargo, un judío de cualquier continente (norteamericano, australiano, argentino, sudafricano...)

tiene derecho a instalarse en cualquier momento en Israel, aunque no haya vivido nunca allí ni sepa si sus antepasados lo hicieron: la religión le da derecho.

Más de un millón de rusos y de ciudadanos de las otras repúblicas de la Unión Soviética han llegado a Israel en los últimos años, huyendo del desastre de la restauración capitalista. Se instalan en las colonias, o crean otras nuevas por la fuerza, incluso contra la voluntad del gobierno israelí, que, no obstante, siempre acaba cediendo y legalizando las nuevas colonias, que han surgido como hongos en los territorios palestinos ocupados. En los alrededores de Hebrón, por ejemplo, vi una de esas colonias: constaba de elementos prefabricados,

barracones, un perímetro vallado, una entrada fuertemente protegida por soldados, una torre fortificada de hormigón para la vigilancia, e incluso un carro blindado. Además, los colonos están armados, a diferencia de la población palestina, que ve impotente cómo les arrancan los olivos o los árboles frutales para ampliar el terreno de una colonia, para construir una carretera exclusiva para judíos, o para aislar aún más una zona por donde atraviesa el muro de la infamia.

Los refugiados no son los únicos que sufren. Once mil palestinos llenan hasta reventar las prisiones israelíes. Entre ellos, cuarenta diputados del Parlamento palestino. Hasta los niños son apresados. Niños de ocho y nueve años han sido detenidos por el ejército. Setecientas mujeres palestinas y trescientos cincuenta niños y adolescentes de entre 12 y 18 años están también en las prisiones israelíes. Desde el inicio de la ocupación, en 1967, más de setecientos mil palestinos han sido encarcelados en algún momento por Israel. Son cifras espeluznantes, porque significan que uno de cada cinco palestinos de los territorios ocupados ha sufrido la cárcel. Sólo desde el inicio de la segunda Intifada, en 2000, Israel ha detenido a más de sesenta mil palestinos, y su policía y ejército practican la tortura sistemática.

5

En la entrada de Hebrón se multiplican los controles militares, con sacos terreros y carros de combate. Algunas carreteras están cortadas con grandes bloques de piedra, imposibles de superar. En otras, hay puestos con jovencísimos soldados, chicas, alrededor de torreones de hormigón de vigilancia. La geografía de los territorios ocupados está llena de centenares de esos torreones, dispuestos en cualquier lugar, que dan a Cisjordania el aspecto de una gigantesca cárcel.

Hebrón guarda la tumba de los profetas. En los accesos a la tumba de Abraham, o Ibrahim, los soldados israelíes se empeñan en que les confiese mi religión. ¿Muslim? ¿Jewish? ¿Christian? Les cuesta entender que soy ateo: no encaja en su concepción de la vida. Dentro de la mezquita se encuentran las tumbas de Abraham y su mujer, Sara; de Isaac, su hijo, y su esposa Rebeca, y de Jacob y Lía. Los hebreos insisten en que

también se encuentran allí las tumbas de Adán y Eva. El lugar es sagrado para judíos, cristianos y musulmanes. No hay que olvidar que, según la tradición coránica, Abraham construyó la Kaaba en La Meca, el lugar más sagrado del Islam.

Los israelíes han impuesto la división de la mezquita, y se han apoderado de una parte. Allí, un guía tocado con la kipá me enseña los rollos de la Toráh, guardados en un armario. Los judíos se muestran orgullosos del valor de la parte de la mezquita que han ocupado, pero no se dan cuenta de la ironía: todas las paredes tienen frases en árabe, grabadas en la piedra, como las tumbas. Algo más allá, se ve la cárcava de Jacob, cubierta con paños, mientras jóvenes judíos cargados con las filacterias se refugian en sí mismos. Las sepulturas de Abraham y Sara están en una gran cueva bajo el suelo de la mezquita. En este mismo lugar tranquilo que veo ahora, corrieron ríos de sangre hace poco más de tres lustros. El 25 de febrero de 1994, decimoquinto día del Ramadán, un colono, Baruch Goldstein, judío norteamericano, perpetró una



El centro de Hebrón, arruinado

matanza disparando a los fieles que rezaban. Mató a sangre fría a veintinueve palestinos y hubo más de trescientos heridos. Goldstein dejó de disparar porque se le terminaron las balas. Su tumba, que se encuentra en el cercano asentamiento de colonos judíos de Kiryat Arba, es venerada como la de un hombre santo y un héroe judío, y en ella nunca faltan las flores.

En el zoco de Hebrón, las callejuelas frescas están llenas de tiendas, pero, encima de las cabezas, se ve una gran malla de alambre, que aguanta todo tipo de desperdicios: los judíos que han ocupado las viviendas superiores tiran basuras, piedras, botellas, a los palestinos que tienen sus tiendas abajo. Un comerciante me cuenta cómo, hace poco, le ensuciaron los chales con huevos lanzados desde arriba. En las ventanas, los colonos, desafiantes, han puesto banderas israelíes. Se ven algunas viviendas y comercios ennegrecidos, abandonados: los han quemado los colonos, casi siempre al abrigo de la noche, con la protección de los soldados israelíes. Así consiguen ir expulsando a los palestinos de algunos tramos de calles, y se apoderan de una parte de la ciudad, que, después, restauran para que vivan allí nuevos colonos judíos. Además, el poder ocupante cierra arbitrariamente calles, y ahoga al comercio palestino, que se ve forzado a cerrar. Veo un tramo de calle condenada, cerrada con dos rejas, donde una farmacia y otros comercios han sido forzosamente abandonados. Los colonos israelíes pasean armados con sus metralletas.

El centro de Hebrón, en los aledaños de la mezquita de Abraham, está desierto. Los palestinos quieren abrir sus tiendas, pero los soldados lo impiden: una sentencia del Tribunal Supremo prohíbe hacerlo porque, dice, es camino de paso para los colonos israelíes. Me senté en el exterior de una tienda de zapatos. Había oscurecido y se oía al muecín que llamaba a la oración. Se palpaba la calma y la resignación palestina. Algunos hablan de que habrá una tercera Intifada, pero los palestinos han sufrido mucho y, ahora, no se ven signos de rebelión. *Hamás* es un espejismo al que se aferra una parte de la población, por la esperanza que da la resistencia, aunque a otros muchos palestinos no les gusta su rigorismo religioso, su énfasis en el islamismo, su carácter conservador. Pero, afirman, ayudan a la gente y no son tan corruptos como la ANP. Las vueltas que da la vida: en sus inicios, *Hamás* recibió la ayuda de Israel, para quebrar la resistencia palestina aglutinada entonces en la OLP, objetivo que ha conseguido con creces: Gaza y Cisjordania viven realidades separadas, aunque la bota del *Tsahal* sea la misma sobre ambas. Gaza, con *Hamás*, y Cisjordania con la ANP, muestran aparentemente dos caminos para los palestinos que, sin embargo, son coincidentes, porque las dos fuerzas son conservadoras, con una visión derechista de la sociedad. Israel conoce el alma palestina, el gusto árabe por la

ostentación del poder, por la riqueza, y juega con las ambiciones de muchos dirigentes palestinos.

La izquierda palestina ha perdido mucha influencia, como el FPLP (Frente Popular para la Liberación de Palestina), aunque el recuerdo de Georges Habash (que se opuso a los acuerdos de Oslo, como el inolvidable Edward Said) sigue presente, y muchos creen que podría haber sido un digno presidente de una Palestina libre. No es extraño que *Hamás* y la ANP coincidan en su represión hacia la izquierda palestina. A principios de agosto, la policía de *Hamás* en la franja de

Gaza reprimió con dureza, causando heridos, una manifestación de centenares de personas que había convocado el FPLP en demanda de suministro eléctrico. Al-Fatah hace lo mismo en Cisjordania: este verano, en Ramallah, la policía de la ANP reprimió una manifestación convocada por la izquierda para exigir que no se abrieran negociaciones con Israel mientras no se detenga la creación de nuevas colonias, y prohibió una manifestación convocada por el FDLP en el campo de refugiados de Al-Maghazi.

Nada es fácil. Las ciudades palestinas están mal asfaltadas, cuentan con precarios servicios, y mucha gente depende de los salarios que paga la Autoridad Nacional Palestina. El gobierno de Salam Fayyad, que controla

la parte de Cisjordania cedida nominalmente por Israel, intenta centrarse en el crecimiento económico, pero sin un acuerdo global que ponga fin al conflicto la situación sigue deteriorándose, hasta el punto de que muchos consideran a Abbas y Fayyad meros gestores del orden impuesto por el sionismo. Durante el mes de ayuno, con humor negro, decían: “No hace falta que nosotros, los palestinos, cumplamos el Ramadán, porque no iremos al cielo ni al infierno, sino a un campo de refugiados”.

6

El muro construido por Israel es una profunda herida que recorre centenares de kilómetros de Cisjordania, robando nuevas tierras, separando poblaciones, familias, destruyendo cultivos, arrancando olivos, condenando a millones de palestinos a una vida de prisioneros, obligados a pasar continuos controles militares, a sufrir las humillaciones diarias que imponen jovencísimos soldados, forzados a soportar horas de espera ante los barrotes y los tornos. Los israelíes se ofenden



El muro, en Belén

si se hacen comparaciones con los *ghettos* creados por los nazis, pero las tapias del *ghetto* de Varsovia no eran muy distintas de estos muros infames. En el lado palestino, muchos tramos del muro están pintados por la resistencia y, también, por grupos extranjeros de solidaridad con el pueblo palestino que han llenado de grafitis el cemento gris de la segregación judía. En Belén, llegó hasta una tienda condenada, porque han construido el muro apenas a dos metros y serpentea aquí hasta bloquear por completo ese tramo de calle. Las barreras, las rejas, los tornos, los pasillos sórdidos, son el destino diario para miles de palestinos. Torres de vigilancia como mojones de la segregación y de la opresión.

Israel es un país en guerra permanente, un Estado militari-

La verdadera intención de Israel es dilatar eternamente el proceso para hacer imposible un Estado palestino.

zado y terrorista, que se expresa en todos los aspectos de la vida. Al sur del país, en el desierto del Néguev, a unos ochenta kilómetros de Eilat, la localidad donde Israel se asoma al Mar Rojo, observo a los carros de combate israelíes evolucionando entre la arena del desierto, entrenándose y disparando, a unos centenares de metros de la carretera, levantando gigantescas polvaredas. En cualquier lugar de los alrededores se ven decenas de jovencísimos soldados que toman café en las terrazas, o que ríen y discuten, completamente ajenos al sufrimiento de millones de palestinos. Israel está en alerta permanente, en guerra, y esos chicos son sus garras, siempre dispuestas para atacar.

7

En un cafetín de Nablús, los parroquianos fuman el narguile y me ponen una melodía sobre Barcelona en el telefonino de uno de ellos. En el mercado, ante la torre del reloj, está la mezquita. Dentro, un rótulo luminoso indica las horas de la oración: 4:34; 6:00; 12:43; 4:23; 7:30 y 8:53. Hay una gran afluencia de fieles: Nablús, como Hebrón, es una ciudad donde Hamás tiene muchos seguidores. La religión ha ganado influencia. Ahora, en todos los territorios palestinos, las mujeres que no llevan velo son una minoría (laicas o cristianas), y muchas que rechazaban adoptarlo, que incluso se reían de ello, han cedido ante la presión social y la progresiva islamización. Aunque no hay que per-

der de vista que los palestinos tienen una gran tradición laica, y que si bien la religión forma parte de su herencia cultural no es menos cierto que no la han elevado a la categoría de rasgo principal definitorio de su identidad, como hacen los judíos con su religión. Las calles del mercado están muy animadas, y

llego a las ruinas romanas, sobre las que se construyó un edificio. Están en un estado lamentable, porque fueron incendiadas por los soldados israelíes durante la última Intifada.

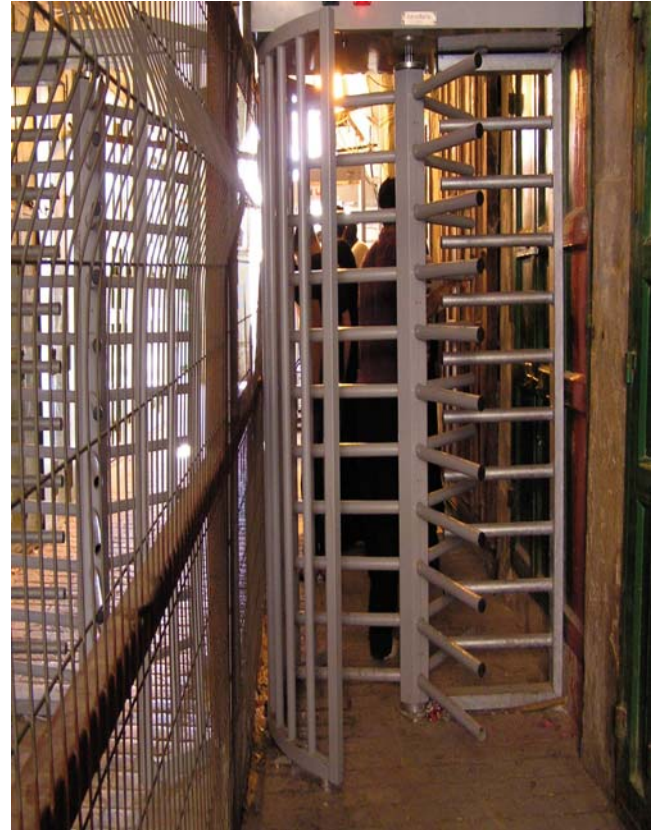
En Jericó, una de las ciudades más antiguas del mundo, el calor es sofocante.

Aquí estaba, en una cárcel, Ahmad Saadat, secretario general del FPLP, detenido por la ANP y vigilado por soldados norteamericanos y británicos. Fue elegido secretario del FPLP en 2001, después de que Israel asesinase a Abu Alí Mustafá, el

anterior secretario general. Arafat había cedido a las presiones israelíes e hizo detener a Saadat, a quien el gobierno de Tel-Aviv hacía responsable del asesinato del ministro israelí Rajbaam Zaeifi. Arafat confinó a Saadat en el complejo de La *Moqataa*, en Ramallah, pero el *Tsahal* puso cerco a las oficinas de Arafat, exigiendo la entrega de Saadat. El asedio terminó con la firma de un acuerdo que establecía el confinamiento de Saadat y sus camaradas en la cárcel de Jericó, vigilados por soldados norteamericanos y británicos. Pero Israel no suele cumplir los compromisos que suscribe. En marzo de 2006, el *Tsahal* bombardeó y destruyó La *Moqataa* y la cárcel de Jericó, y secuestró a Saadat y sus compañeros, que habían resistido durante diez horas. El bombardeo de las oficinas y la residencia de Arafat conmovieron al mundo. Después, Saadat fue encerrado en la cárcel de Al Masqubia, de Jerusalén, y trasladado después a la prisión de Asqelan y, más tarde, a la cárcel de Ramon, en el desierto del Naqab, donde fue encerrado en una celda de castigo de 2,40 por 1,40 metros: un infierno. Hace dos años, en 2008, un tribunal militar israelí condenó a Saadat a 30 años de prisión por dirigir una “organización terrorista ilegal”. Saadat, como Barghouti, son víctimas del odio israelí. Llegué a Ramallah, la pequeña ciudad que ejerce de capital provisional de la Autoridad Nacional Palestina, un viernes de Ramadán. No es fácil entrar en Ramallah debido a los controles israelíes, cuyos soldados envían de una entrada a otra del muro, en una deliberada política pensada para atormentar la vida de los palestinos. Tras los controles, junto a los soldados con metralletas, los vendedores del mercado, de pan, de fruta, de especias, intentaban ganarse la vida. El centro estaba desierto. El edificio del Parlamento palestino, también. Además, no juega ningún papel ahora, cuando la propia ANP gobierna sin mayoría popular y Mahmoud Abbas ha terminado su mandato sin que se hayan convocado nuevas elecciones. En la tumba de Arafat, guardada dentro en un gran cubo blanco de piedra, donde dos soldados hacen guardia permanente, los coches de gran cilindrada y los caros vehículos todo-terrenos llegaban envueltos en la parafernalia de la seguridad palestina. Allí se presentan jerifaltes corruptos, hombres de negocios, también quienes apuestan por la resistencia. Al salir de Ramallah, de nuevo los controles, el muro, las tanquetas. Pintados en el muro, los retratos de Arafat y de Barghuti. Palestina vive.

8

La reapertura de negociaciones en septiembre de 2010, forzada por Obama, casi dos décadas después de los acuerdos de Oslo, ha visto cómo, de nuevo, flaqueaba la voluntad de la



Torno militar, en Hebrón

ANP, que ha aceptado negociar “sin condiciones previas”, lo que significa que el gobierno israelí podrá continuar con su política de hechos consumados la ampliación de las colonias en Cisjordania. Netanyahu ha declarado que sus condiciones son conseguir unos acuerdos de seguridad; después, que los palestinos reconozcan a Israel como un Estado judío, y que se firme el fin del conflicto, de manera que si los refugiados vuelven sería no a sus localidades de origen, sino al pequeño territorio de la nueva Palestina. Además, Israel exige que el Estado palestino sea un país desarmado. Son condiciones imposibles de aceptar, que revelan la verdadera intención de Israel: dilatar eternamente el proceso para hacer imposible un Estado palestino.

Frente a la postura pusilánime de la ANP, con Mahmoud Habbas incapaz de resistir las presiones norteamericanas, organizaciones como Hamás, el FPLP, el FDLP, el FPLP-Comando General, el Frente Palestino de Lucha Popular, el Frente Palestino de Liberación y la Jihad Islámica, hicieron pública en Damasco una declaración rechazando las negociaciones directas con Israel, mientras no cambie la política de Tel-

Aviv. El futuro no va a ser fácil. Sesenta años después de la *Nabka*, ¿no habrán equivocado los palestinos su objetivo? ¿No deberían exigir un solo Estado unificado en las tierras de la Palestina histórica, con igualdad de derechos para todos sus habitantes, sean judíos, musulmanes, cristianos o de cualquier otra condición? ¿Qué nombre tendría ese Estado? Tanto da.

Es cierto que Israel no quiere renunciar a su condición de Estado teocrático, judío, pero no puede pretender que los palestinos continúen eternamente, en pleno siglo XXI, sin derechos políticos y sociales, bajo la ocupación militar, en una situación que recuerda a la Sudáfrica de la segregación racial. Israel no quiere un Estado palestino sino una caricatura, una Cisjordania reducida y sometida a sus designios, algo imposible de aceptar incluso para los más moderados dirigentes palestinos. Porque la colonización de Cisjordania (donde, en centenares de colonias viven ya más de medio millón de judíos) y, además, la construcción del muro, han hecho inviable la creación de un Estado palestino en una Cisjordania cercenada y una mínima y superpoblada franja de Gaza. Además, ese no puede ser el objetivo de los palestinos, que, desde la firma de los acuerdos de Oslo, ya han cedido demasiado... para no conseguir nada. Esa es la victoria del sionismo. Pero también su derrota.

Israel no quiere tampoco un Estado unificado, porque dejaría de ser judío y porque el crecimiento demográfico palestino trabaja en su contra. Pero, por una irónica paradoja de la historia, los colonos extremistas que crean colonias ilegales en Cisjordania (para ellos, Judea y Samaria) podrían estar trabajando, sin siquiera sospecharlo, por un Estado unificado, para todos, israelíes y palestinos, judíos, musulmanes y cristianos, porque la proliferación de colonias en los territorios ocupados está mezclando tanto a la población (de momento, geográficamente) que la única opción razonable de futuro para todos es vivir en un solo Estado. Las fronteras, los refugiados, Jerusalén, los asentamientos, el agua, nada de ello podrá resolverse sin un Estado unificado. La locura del muro, de los pasos carcelarios, de los controles militares, de las torres de hormigón de vigilancia, no puede continuar durante muchos años, aunque los dirigentes israelíes pretendan seguir viviendo en medio de un espejismo.

9

El cafetín jordano, cerca de la puerta de Damasco, donde hacen jugos de frutas con dos viejas palancas que exprimen la fruta, y que tiene en sus paredes las fotografías de los monar-

cas hachemitas, es un recordatorio de lo que Palestina no será nunca. El siglo XX ha sido trágico para los árabes de Palestina. Los palestinos pasaron de la dominación otomana al mandato colonial de la Sociedad de Naciones y, después, a la creación de un Estado judío artificial que ha sido el peor, porque además de ejercer la opresión política, como todos los anteriores, no ha dejado de robar tierras y de practicar la *limpieza étnica*. El tópico de la propaganda sionista sigue manteniendo que Palestina era un desierto y que los judíos lo han convertido en un vergel. Es otra mentira más. El odio a los palestinos envenena el corazón judío, porque quiere convertir a las víctimas en seres humanos inferiores. El rabino Ovadia Yosef, líder espiritual del *Shas*, un partido ultraortodoxo, ha declarado en este verano que “Mahmud Abbas y todo ese pueblo diabólico deberían perecer”, mientras rezaba por la muerte de los palestinos. Este rabino colérico y racista no es cualquiera: ha sido el jefe de los sefarditas de Israel y su partido integra la coalición de gobierno de Netanyahu.

Las chicas del *Tsahal*, de dieciocho o veinte años, que muestran la sonrisa de la juventud mientras oprimen al pueblo palestino; esas chicas que, sin duda, son jóvenes normales en su vida cotidiana, han sido educadas en el miedo al palestino, en la convicción de que cualquier árabe puede ser un terrorista, han sido formadas en la épica de la defensa de un Estado asediado que es otra mentira más, porque Israel tiene un poder militar que supera al de todos sus vecinos juntos. Los soldados israelíes están acostumbrados a la brutalidad, desprecian a los árabes; están convencidos de que todos los palestinos son sospechosos, y de que cualquiera puede ser un terrorista. Muchos soldados creen, además, que los palestinos son seres inferiores, sucios, atrasados.

Esas chicas del *Tsahal*, protegidas con sus botas militares, no dejaban de sorprenderme. En uno de los controles, recordé la moda que prendió, en 2009, entre los soldados israelíes: un francotirador del batallón Shaked, de la Brigada Givati, tenía una camiseta donde se veía a una mujer palestina embarazada, con una diana en su vientre y una leyenda: *un disparo, dos muertos*. Las botas del *Tsahal* que pisotean la tierra palestina, que mantienen una ocupación militar que dura ya más de cuarenta años, son las que calzan estas chicas adorables, risueñas, que tienen sus proyectos y sueños como cualquier joven, que no tienen el aspecto torvo de los oficiales nazis pero actúan con brutalidad, y que ignoran que una de las hijas de Ahmad Saadat se llama Resistencia, y que hay muchas, miles, como ella ■